

XXXVI

Seis semanas, poco más ó menos, hacía que *La Medea* había sido desarmada y que yo me había separado de Ives, cuando un día, hallándome, si mal no recuerdo, en Altenas, recibí, y leí con sorpresa, la siguiente carta :

« Brest, 15 de Septiembre 1877.

» Mi buen hermano :

» Escribo á usted, muy de prisa, estas pocas líneas, para decirle que me casé ayer. La verdad es que yo podría haber pedido consejo; pero... ya comprende usted... yo no tenía mucho tiempo que perder estando ya alistado para emprender la campaña de *La Cornelia*, y quedándome solamente ocho días para vivir con mi mujer.

» Creo que usted pensará como yo, hermano mío, que esto es mejor que andar siempre de acá para allá, como usted sabe. Mi mujer se llama María Keremenen; puedo asegurar á usted que me gusta bastante, y creo que no

lo pasaríamos mal si pudiese yo quedarme aquí, á su lado.

» Ya escribiré á usted más despacio antes de mi marcha, querido hermano, y le aseguro que me contrista mucho embarcarme sin usted.

» Concluyo enviando á usted un abrazo con todo mi corazón.

» Su hermano que le quiere,

IVES KERMADEC.

» *P. D.* Acabo de saber que han cambiado mi destino. Me embarcaré en *La Ariadne*, que no sale hasta mediados de Noviembre. Esto me permite pasar cerca de dos meses al lado de mi mujer; así tendremos tiempo bastante para conocernos; ya comprenderá usted que esto me alegra mucho. »

Al regresar de sus campañas, los marineros suelen hacer mil cosas extravagantes con el dinero que no emplean á bordo : es lo corriente.

Las ciudades marítimas conocen muy bien estas excentricidades un poco salvajes.

En ocasiones se casan por entretenimiento con una mujer cualquiera, la primera que hallan á mano, sólo por el gusto de estrenar un traje.

Ives, que había agotado en varias ocasiones todos los géneros de tontería, para cambiar un poco, había concluido casándose.

¡Ives casado!... ¿Y con quién? Acaso con cualquier mujerzuela desvergonzada de la ciudad, tomada á la ventura, por las calles, en un momento de borrachera.

Tenía yo motivos sobrados para inquietarme recordando cierta muchacha, de sombrero con plumas, con quien faltó muy poco para que Ives se casara, por distracción, á los veinte años.

XXXVII

Dos meses después, cuando *La Ariadne*, se disponía á partir, quiso la suerte que se me destinase á última hora para formar parte de su Estado Mayor.

XXXVIII

En el momento de embarcarnos vi á María Keremenen; era una muchacha de unos veinte años, vestida al uso de la aldea de Toulven, en la Bretaña Baja.

Sus ojos, negros y hermosos, miraban claros y francos.

Sin ser precisamente bonita, seducía con su justillo de lienzo bordado, su gorro blanco de anchas alas y su gorguera, que recordaba los cuellos á los Médicis.

Había en su persona algo de cándido y de honrado que agradaba. Me pareció que así la habría yo deseado para mi hermano, si hubiese tomado el encargo de buscarle mujer.

XXXIX

La casualidad los había aproximado un día en que María vino á Brest para visitar á su madrina.

Ives se prendó de ella en seguida; ella encantada por la arrogancia del marino y por su sonrisa dulce y bondadosa, había consentido, no sin alguna inquietud, en aquel matrimonio precipitado, que debía principiar por dejarla viuda durante siete ú ocho meses.

Ella tenía *algo*, como suele decirse en los pueblos, y había de regresar, cuando nosotros partiésemos, á casa de sus padres, en el pueblo de Toulven.

Ives me confió que se preveía la llegada de un chiquitín.

— Ya verá usted, me dijo : apostaría á que llega justamente cuando volvamos nosotros.

Y después de abrazar á su mujer, que lloraba, partimos. Una vez más íbamos á pasearnos juntos allá abajo, en el azulado dominio de las doradas y de los peces voladores.

XL

15 Noviembre, 1877.

La víspera de aquella partida, Ives había obtenido, por especial favor, ir á tierra durante el día, para ver, en el hospital marítimo, á su hermano mayor Gildas, el pescador de ballenas, que acababa de llegar medio perdido, y á quien Ives no había visto hacía ya diez años.

Gildas Kermadec era un hombre de cuarenta años, de elevada estatura y de rostro más regular que el de Ives. Todavía se echaba de ver en sus ojazos negros algo parecido á una llama que se extingue : Gildas debía de haber sido verdaderamente hermoso.

Estaba parálítico y moribundo, arruinado por el aguardiente y los excesos de todo género.

Adelantó con lentitud hacia su hermano; parecía erguido aún, y derecho, pero arrastraba la pierna y tenía algo extraviada la mirada.

¡Oh! Ives, dijo tres veces : ¡oh! Ives; ¡oh! Ives.

Apenas podía articular las palabras : la parálisis había invadido también los órganos vocales.

Abrió los brazos á Ives para abrazarle, y algunas lágrimas humedecieron sus tostadas mejillas.

Ives lloró también : después fué preciso partir. La licencia dada no era más que de una hora.

Gildas no dijo otra palabra más ; había hecho que Ives se sentara cerca de él en un banco del hospital, había cogido su mano y le miraba con sus ojos de loco moribundo. Desde luego había pretendido decirle muchas cosas que, al parecer, se aglomeraban en su cabeza ; pero de sus labios salían solamente sonidos inarticulados, roncós, profundos, que lastimaban. No ; no le fué posible hablar, y cuando se convenció de esto, se limitó á tener cogida su mano y á mirar á Ives fijamente y con una tristeza infinita.

Ives llevó impresión profunda de aquella última entrevista con su hermano. No se habían visto más que dos veces desde que Gildas comenzó la vida del mar. Pero eran hermanos ; hermanos de la misma choza y de la sangre misma, y hay

en esto algo misterioso, un lazo que resiste á todo.

Un mes después, en nuestro primer descanso, supimos que Gildas había muerto. Ives puso entonces un crespón en su manga de lana.

XLI

Á bordo de *La Ariadne*, Mayo de 1878.

La isla de Tenerife se dibujaba delante de nosotros como una especie de edificio grande, piramidal, emplazado sobre un espejo inmenso: el Océano. Las aristas gigantescas de las montañas se aproximaban, reproducidas por la limpidez extrema, inverosímil, del aire. Un grupo de nubes de color gris nacarado cortaba Tenerife horizontalmente, y por encima aparecía el pico elevando su inmenso cono, bañado por el sol.

Las golondrinas producían un alboroto extraordinario alrededor nuestro. Era una bandada numerosa que gritaba y agitaba las alas en uno de esos accesos de frenesí que les acomete algunas veces, sin que se conozca el motivo.

Las doce del día. — La comida de la tripulación ha terminado; oíase el silbato llamando á los de estribor á recoger los platos. Ives, que á

bordo de *La Ariadne* era de estribor, venía hacia mí, probando por lo bajo el silbato, para asegurarse de que estaba bien.

— ¡Oh! pero ¿qué tienen hoy esos pájaros? ¡Piar! ¡piar! No han hecho otra cosa durante la comida. ¿No los ha oído usted?

Realmente yo no estaba enterado de lo que aquellas aves querían. Sin embargo, como era preciso, aunque sólo fuese por cortesía, contestar algo á Ives, le dije:

— Esos pájaros han solicitado hablar al oficial de cuarto, que era yo justamente. Era para pedir noticias de su primillo Pedro Kermadec: en vista de lo cual les he contestado: « Señores, Periquillo Kermadec, mi ahijado, no ha nacido aún; es demasiado pronto: vuelvan ustedes dentro de algunos días, cuando estemos en Brest. » En vista de eso, se han ido; míralos cómo se van por allí abajo.

— Usted les ha contestado como convenía, dijo Ives, que reía muy pocas veces. Pero aseguro á usted, por mi parte, que he soñado mucho con eso, y de vez en cuando me entra el temor de que sea una niña.

— Efectivamente, sería una contrariedad que el niño esperado resultase niña, porque entonces no habría modo de nombrarla Pedro.

XLII

Brest 14 de Junio de 1878.

Habitamos por hoy en un alojamiento provisional, calle de Siam, en Brest, donde *La Ariadne* ha entrado esta mañana.

En contestación al aviso de su llegada, Ives ha recibido un telegrama de Toulven, concebido en los siguientes términos: « Un niño ha nacido esta noche; el niño y la madre están muy bien. — *Corentin Keremenen.* »

Llegada la noche, y acostados nosotros, fué imposible conciliar el sueño. Yo oía á Ives que se volvía y se revolvía en su cama. Al pensar que al día siguiente iría á Toulven á ver al recién nacido, su hermoso y valiente corazón se desbordaba en toda clase de sentimientos, para él desconocidos hasta entonces.

Dos días después que él tenía yo que estar en Toulven para asistir al bautizo.

Ives fraguaba mil proyectos para esta ceremonia.

— No me atrevo á decirlo; pero ¿no querría usted comer con nosotros en Toulven? ¡Diablo!

Ya sabe usted, en casa de mi suegro se come mejor que en la ciudad... seguramente.

XLIII

Brest 15 de Junio de 1878.

Salgo muy temprano para Toulven, donde Ives me espera desde ayer.

Tiempo magnífico, espléndido sol. La vieja Bretaña aparece verde y florida.

Ives espera la llegada de la diligencia, que he tomado en Bannalec. Cerca de él está una jovencilla de dieciocho años, muy linda, que se ruboriza bajo su cofia.

— Esta es Ana, me dice Ives presentándomela: mi cuñada; la madrina.

Hay todavía alguna distancia desde la ciudad á la casita que la familia habita en Tremoulé, cerca de Toulven.

Los mozos del pueblo echan al hombro mis maletas, y heme aquí en marcha para visitar al recién nacido; para trabar conocimiento con aquella familia de bretones, en la cual mi pobre Ives ha entrado de pronto, sin saber por qué con certeza.

¿Cómo serán estos nuevos padres de mi hermano y este país que ha de ser ya el suyo?

XLIV

Caminamos los tres por senderos huecos y profundos que huyen delante de nosotros, bajo una cubierta de hayas llenas de helechos.

Está muy entrada la tarde; el cielo está cubierto y en aquel camino es casi de noche. Acá y acullá vemos alineadas, al borde del camino, cabañas grises, muy alegres y tapizadas de musgo.

Una hay entre ellas de la cual parten las notas de una antigua canción bretona, empleada desde tiempo inmemorial para adormecer á los niños.

— Esta es nuestra casa, dicé Ives; están *me-ciéndole*.

Casi sumergida en tierra, y toda musgosa, es la cabaña de los Keremenen. Las hayas y las encinas extienden sobre ella su bóveda verde: la vivienda parece tan antigua como la tierra de los caminos.

Dentro está sombrío; vense las camas en forma de armario, alineadas con los baúles á lo largo de las paredes de granito sin labrar.

Vemos allí una abuela, con ancha gorguera blanca, que está cantando, cerca del recién nacido, una canción de cuando ella era niña.

En una cuna, á la moda bretona de otros tiempos, en que antes que él se habrían mecido sus antepasados, está acostado el hijo de Ives: un rollizo rorro de tres días, muy redondo, muy moreno, atezado como un marino y que duerme con los puños cerrados debajo de la barba. Tiene unos pelillos que escapan de su gorrita y caen sobre su frente como pelillos de ratón. Yo le beso con toda el alma, porque es el hijo de Ives.

Nos dicen que la madre está descansando en una de aquellas camas, cuya puertecilla de madera calada han cerrado, á fin de dejarla que duerma. Bajamos la voz para no despertarla y salimos Ives y yo con el propósito de ir al pueblo y preparar todo lo que se necesitará en la solemnidad de mañana.

XLV

Muy extraño nos pareció realizar actos civiles, de ciudadanos, como todo el mundo. Ante el alcalde, ante el cura, nos encontrábamos fuera de

nuestro centro, y ocasiones hubo en que nos entraron ganas de reír.

El recién nacido es definitivamente inscrito en el Registro civil de Toulven con los nombres de *Ives-Pedro* (el de su padre y el mío), según costumbre del país. El señor cura, por su parte, convino en esperarnos al día siguiente, á las nueve de la mañana, en la iglesia, donde se cantaría el *Tedéum*.

— Volvamos ya, dijo Ives; el suegro debe de haber regresado, y vamos á retrasar su cena.

XLVI

La noche de Junio caía dulcemente, con silencio y calma, sobre la comarca.

En aquel camino hondo apenas se veía.

El anciano Corentín Keremenen había regresado, en efecto, de su trabajo del campo y nos esperaba á la puerta. Hasta había tenido tiempo de acicalarse: se había puesto su gran sombrero con cinta de plata y su vestido azul de los días festivos, adornado con lentejuelas de metal y con un bordado en la espalda representando el Santísimo Sacramento.

Adviértese en la cabaña cierta agitación ale-

gre; un aire de solemnidad. Los candeleros de cobre brillan sobre la mesa, cubierta con un blanco mantel. Los baúles, los taburetes, todos los antiguos muebles de encina brillan como espejos: se advierte que la mano de Ives ha pasado por allí.

Los candeleros, sin embargo, no alumbran á mucha distancia; hay en la cabaña algunos rincones oscuros; se ven moverse objetos grandes y muy blancos; son las cofias de anchas alas y las gorgueras rizadas de las mujeres; en otras partes los fondos son oscuros; la luz llega á morir, oscilando sobre el granito de las paredes ó sobre las vigas irregulares y ennegrecidas por el tiempo que sirven de sostén al techo de paja de la cabaña. Siempre aquella paja, siempre aquel granito sin pulir que prestan á las aldeas bretonas ese carácter de épocas primitivas.

Se lleva á la mesa la excelente y humeante sopa, y todos nos sentamos alrededor. Ives á mi izquierda; á mi derecha, Ana, mi comadre.

Es una cena opípara: muchas gallinas en salsas diferentes; tortillas con manteca y azúcar; multitud de platos del país, vino y sidra dorada que hace espuma en las copas.

Ives me dice por lo bajo:

— Mi suegro es muy buen hombre, y mi sue-

gra Mariana no puede usted figurarse lo buena que es. Yo los quiero mucho.

Durante la noche, una joven trae del pueblo algo que abulta mucho, y que la madrina se apresura á recoger y ocultar en un baúl, mientras que Ives, guiñando el ojo con cierta sonrisa maliciosa, me dice :

— Ya ve usted; todos esos preparativos son en honor de usted.

Ya había yo adivinado lo que aquello era : la cofia de gala y la inmensa gorguera bordada y rizada que deberán adornarla en la fiesta de mañana.

Por mi parte tengo algunas cosillas, que procuro, ayudado por Ives, sacar de mi maleta sin que lo noten : dulces, bombones, una cruz de oro para la madrina. Pero Ana lo ha visto todo con el rabillo del ojo, y se echa á reir. ¿Qué hemos de hacerle? No es posible tener secretos en un alojamiento en que no hay más que una puerta, y una habitación sola para todos.

Periquillo, entretanto, siempre redondo como un ángel de bronce, sigue durmiendo en la misma postura, con los puños cerrados debajo de la barba. Nunca he visto un recién nacido tan guapo, ni tan prudente.

XLVII

Al día siguiente, jueves 16 del mes de Junio de 1878, con un tiempo hermoso, se organiza el acompañamiento del bautizo en la cabaña de los Keremenen.

Ana, en un rincón y volviéndonos la espalda, ajusta su magnífica cofia delante de un espejo, algo violenta por verse obligada á tales preparativos delante de mí; pero las chozas de Bretaña no son grandes, y en su interior no existen más separaciones que los armarios en que se duerme.

Ana está vestida con un traje de percal negro, cuyo corpiño, abierto, aparece bordado con sedas de muchos colores y sembrado de lentejuelas de plata; lleva un delantal de *moaré* azul y una gorguera que sobresale de sus hombros; es una gola blanca con mil pliegues, que se sostiene rígida como las golas del siglo décimosexto. Yo me he puesto un uniforme casi nuevo, con los galones dorados completamente frescos. Estoy seguro de que cuando, dentro de un rato, salgamos por aquellos verdes senderos de la montaña, dándonos el brazo, vamos á producir gran efecto.

Cerca del recién nacido veo esta mañana un

personaje nuevo : es una vieja fea y extravagante que manda y que es obedecida : á lo que parece, es la matrona.

— Tiene traza de bruja, me dice Ana, que adivina mi pensamiento; pero es muy buena mujer.

— ¡Oh! sí, muy buena mujer, dice apoyando lo dicho por su hija el anciano Corentin; tiene esa traza, es cierto, no puede remediarlo; pero es muy religiosa y ha conseguido bendiciones y muchas indulgencias, el año pasado, en la romería de Santa Ana.

Partida en dos, como Carabosse, con su nariz encorvada como pico de mochuelo, sus ojillos grises ribeteados de rojo, que parpadean rápidamente como los de la gallina, va, aquella vieja, de acá para allá, muy afanada, con su gran gorguera de gala, muy tiesa; cuando habla, su voz sorprende como un ruido nocturno; creeríase oír el lúgubre canto del buho en los cementerios.

Ni á Ives ni á mí nos agradaba ver á la vieja cerca del recién nacido; pero pensamos después que la pobre mujer llevaba ya cincuenta años ocupada en la tarea de presidir los nacimientos y los bautizos de todos los niños de la comarca, sin que jamás les hubiera hecho *mal de ojo*; muy al contrario. Por otra parte, la matrona observa

cuidadosamente los antiguos ritos, los ritos tradicionales, como, por ejemplo, hacer que el niño beba, antes de cristianarse, cierto vino, en el cual se ha mojado previamente el anillo de esponsales de la madre, y otros muchos que no deberían ser desdeñados nunca.

En la cabaña, muy hundida y muy á la sombra, sólo se ve lo absolutamente necesario. Un poco de luz entra por la puerta; en el fondo existe una especie de ventanillo ó claraboya practicada en el espesor del muro granítico, pero los helechos la han invadido : se los ve por refracción, como delicadas recortaduras de una cortina verde.

El tocado de *Periquillo* ha terminado sin que el protagonista de la función piense en llorar ni en dar gritos. Me hubiera agradado que le vistiesen de bretón; pero no, le han vestido todo de blanco, envolviéndole en una especie de capa bordada y llena de lazos, como á un señorito de la ciudad. Metido en aquel traje de muñeco parece más vigoroso y más cetrino; los recién nacidos de las ciudades populosas, cuando van á recibir las aguas del bautismo, no tienen, por lo general, sangre tan viva y tan fuerte.

Confieso, para ser veraz, que mi ahijado no es todavía bonito; es muy probable que lo sea

andando el tiempo; pero, por el pronto, tiene un aspecto abotagado, como de un gato de pocos días.

Fuera, en el sendero lleno de helechos, bajo la bóveda verde formada por las copas de los árboles, agitábanse ya en movimiento incesante grandes cofias blancas de las muchachas de la aldea y corpiños de percal bordados como el de Ana. Han salido de las cabañas próximas y están esperando para vernos pasar.

Cogidos del brazo Ana y yo, nos pusimos en camino. Periquillo, el héroe de la función, tomó la delantera en los brazos de la vieja de nariz de mochuelo, que emprendió un trotecillo menudo y rápido, deslizándose por el camino de una manera extraña, parecida al movimiento de las hadas. Ives iba detrás de nosotros, con su traje de boda; muy grave, un poco asombrado por hallarse en tal fiesta, acaso un poco cortado de ir solo; pero eso es la costumbre.

Alegres como aquella mañana de Junio, seguimos el sendero; sobre nuestras cabezas la cubierta de hayas y encinas, tamizada por brillantes círculos de luz que caen en millones á través del follaje como una lluvia blanca. Penden las clemátides confundidas con las madreselvas, y los pájaros cantan como para saludar y dar la

bienvenida á su compañero, que sale por primera vez á la luz del sol.

Ya estamos en Toulven, que es casi una ciudad, aunque pequeña. Aquellas buenas gentes están en la puerta: nosotros desfilamos por la calle Mayor, dirigiéndonos á la iglesia.

La iglesia de Toulven es un edificio antiquísimo; su masa gris elevase en el azul del cielo, con sus altas agujas de granito con caprichosos calados, que en varios sitios los líquenes doran. Domina por un lado un estanque extenso é inmóvil, lleno de nenúfares; por el otro, una serie de colinas, uniformemente cubiertas de árboles, que forman un horizonte sin límites.

No muy lejos un cercado antiguo: es el Camposanto. Numerosas cruces adornan el recinto sagrado, y parecen salir de su alfombra de flores, claveles, alelíos y blancas margaritas. Y en los rincones más abandonados, allí donde el tiempo ha nivelado la desigualdad del césped, también hay flores para los muertos: las que espontáneamente produce aquella roja tierra de Bretaña. Las tumbas se aglomeran allí, á la puerta de la iglesia secular, como el misterioso umbral de lo eterno; aquella masa gris que se eleva, aquella aguja que pretende volar, parece efectivamente que protegen contra el aniquila-

miento. Dirigiéndose hacia el cielo, todo aquello llora y ruega; es como una oración eterna, esculpida en el granito. Y las humildes tumbas, sumergidas entre la hierba, esperan allí, más confiadas, en los umbrales del templo, el sonido de la trompeta y de las voces del *Apocalipsis*.

Allí, sin duda, cuando yo haya muerto ó me encuentre cascado por los años y la fatiga, descansará mi hermano Ives; volverá á la tierra bretona su cabeza incrédula y su cuerpo que de la tierra ha tomado. Después, también *Periquillo* vendrá á dormir aquí — si el mar no nos le arrebatara — y sobre aquellas tumbas, las flores rojas de los campos bretones crecerán como hoy y brillarán á la luz del sol hermoso del mes de Junio.

En el atrio del templo estaban todos los niños de la aldea, afectando gran recogimiento. También estaba allí esperándonos el señor cura con su traje de gala.

Era un atrio de una arquitectura muy primitiva, cuyas piedras habían desgastado muchas generaciones bretonas. Parecían por allí Santos disformes, tallados en el granito y alineados como gnomos.

La ceremonia en el pórtico fué larga. La vieja de cabeza de mochuelo había colocado á *Peri-*

quillo en nuestros brazos; la madrina y yo le sosteníamos, según la costumbre, ella por los pies y yo por la cabeza. Ives, recostado en los graníticos pilares, nos miraba como soñando, y Ana estaba muy linda, en aquel pórtico, con su hermoso traje completamente iluminado por un rayo de sol.

Periquillo hizo un gesto de desagrado y pasó la puntita de su lengua por los labios cuando le hicieron probar la sal, emblema de las amarguras de la vida.

El párroco recitó muchos *Oremus* en latín, y después dijo en la misma lengua: *Ingrederet, Petre, in domum Domini*. Entonces penetramos en el templo.

Los Santos que allí había, en sus hornacinas, trajes del siglo XVI, contemplaban la entrada de Periquillo con el mismo aire místico y apacible con que habían visto nacer y morir diez generaciones humanas.

En la pila bautismal también fué larga la ceremonia; después fué necesario que nos detuviésemos allí, delante de la verja del coro, Ana y yo de rodillas, como dos desposados.

Por último, hube de tomar yo solo al hijo de Ives entre mis manos, poco habituadas á estos menesteres, y temblando de miedo de quebrarle

subí las gradas del altar, con el precioso fardo, para besar el blanco lienzo sobre el cual se coloca el Santo Sacramento. No pensaba yo que fuese cosa tan difícil sostener á un recién nacido; y menos mal que estaba dormido; si hubiera empezado á moverse, me habría sido imposible tenerlo.

Todos los muchachos del pueblo nos acechaban á la salida; bretoncillos pícaros, de rostros espantados, de mejillas redondas y de largos cabellos.

Las campanas volteaban alegremente, allá arriba, en el oscuro campanario, y comenzaba detrás de nosotros el *Tedéum* entonado á toda voz por niños de coro, vestidos con sotanas rojas y blancas sobrepellices.

Dejáronnos pasar con tranquilidad y recogimiento por la florida calle que flanqueaban las tumbas; pero después... después... cuando estuvimos fuera (!!)...

Periquillo, causa inocente de aquella batahola, había partido delante, llevado cada vez más de prisa por la vieja de nariz encorvada, y sumergido siempre en su sueño tranquilo. Ana y yo fuimos asaltados: muchachos y muchachas nos rodeaban dando gritos y saltos; había entre ellos pequenuelas, que apenas tenían cinco años, y que

llevaban grandes cofias y gorgueras inmensas, lo mismo que sus madres; las chiquillas saltaban también alrededor nuestro como muñecas, produciendo un efecto verdaderamente cómico.

Era singular la alegría de aquellas bretoncillas rojas, con largos cabellos, de amarillo seda, entradas apenas en la vida y con trajes y modas de la antigüedad; exuberantes de inconsciente alegría, como en otro tiempo lo estaban sus predecesoras... que han muerto ya. ¡Alegría de la vida nueva! ¡Alegría como la que experimentan los gatitos, los cabritillos, y... pasados diez años, mueren! ¡Los perrillos, los corderos, disfrutan de esos goces, saltan como los niños, aquello pasa, y se les da muerte!...

Arrojámosles puñados de confites, y todo el camino quedó sembrado de grajeas y de golosinas. Mucho tiempo durará en Toulven el recuerdo del bateo de Periquillo.

Por último, volvimos á encontrar la calma del sendero bretón, la extensa y verde calle de árboles, y en su límite la aldea semisalvaje.

Era muy cerca del mediodía; bandadas de moscas y de mariposas volaban á lo largo del camino. Hacía demasiado calor para aquel país.

En pleno día era un verdadero jardín el techo pajizo de los Keremenen; innumerables flore-

cillas blancas, amarillas, rojas, se habían instalado allí, en compañía de una gran variedad de helechos, y el sol se desparramaba sobre ellas, tamizada siempre por entre el espeso follaje de las añosas encinas.

Dentro de la choza aún hacía fresco, en aquella semioscuridad un poco verde, bajo la bóveda de las antiguas vigas.

El almuerzo estaba en la mesa, y la mujer de Ives, que se levantaba por primera vez después del alumbramiento, nos esperaba sentada en su sitio y con su hermoso vestido de día de fiesta. En pocos días su juventud había desaparecido: estaba pálida y flaca. Ives la miró como sorprendido, sorpresa que ella pudo notar; después, comprendiendo que había hecho mal en dejar que vieran su disgusto, fué á besarla con mucho cariño, con ciertos aires de gran señor. Yo vaticiné cosas muy tristes de ese desencanto.

Sin embargo, aquella comida de bautizo fué alegre. Estuvo compuesta, en su mayor parte, de platos bretones, y duró mucho.

Á los postres oímos que canturreaban muy de prisa, á dos voces, en idioma de la Bretaña baja, unas especies de letanías. Eran dos viejas, dos mendigas, que iban cogidas del brazo y se apoyaban en sendos palos, como suelen hacer

las hadas cuando adoptan formas caducas para no ser reconocidas.

Solicitaron entrar, á fin de decir la *buenaventura* á Periquillo. Sobre su cuna, en que se le mecía dulcemente, hicieron los vaticinios más lisonjeros; después se retiraron bendiciéndonos á todos. Entonces les dieron buenas limosnas, y Ana les hizo tortas con manteca.

XLVIII

Después del mediodía ocurrió una escena poco agradable: el pobre Ives estaba algo aturdido y se obstinaba en ir á Bannalec y tomar el ferrocarril para volver á bordo.

Ana, él y yo estábamos muy lejos paseando en el bosque cuando, no sé por qué, dió en esa manía. Ives nos había dejado, y volviéndonos la espalda, dijo que no volvería más. Ana y yo le seguimos con inquietud por lo que pudiese hacer.

Cuando llegamos, detrás de él, á la cabaña de los Keremenen, le vimos que había arrojado al suelo su camisa blanca y su hermoso traje de boda; desnudo de medio cuerpo arriba, como se ponen los marineros á bordo para su tocado